

# MARIO ESCOBAR

Misión Verne IV



# HOLOCAUSTO

Lectulandia

Mientras Arthur se introduce de nuevo en la Tierra Hueca por la entrada sur, Agatha intenta deshacerse del espía alemán que controla sus pasos en Oxford. El profesor C. S. Lewis ayudará a la mujer y ambos descubrirán el lugar exacto por el que pueden entrar. Los ingleses enviarán una misión especial para destruir los planes de Himmler.

Los alemanes planean instalar dentro de la Tierra Hueca a su ejército, mientras la guerra en Europa está casi perdida.

¿Logrará Agatha parar los planes de los nazis? ¿Qué pasará con los habitantes de la Tierra Hueca?

Lectulandia

Mario Escobar

# Holocausto

Misión Verne - 4

ePub r1.1

XcUiDi 20.10.15

Título original: *Holocausto*

Mario Escobar, 2013

Editor digital: XcUiDi

Corrección de erratas: JJGAF

ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de [www.epublibre.org](http://www.epublibre.org). La página, y sus editores, no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante archivos como este.

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

«Tenemos lo necesario para ser felices y no lo somos».

**RAY BRADBURY**

«Para viajar lejos, no hay mejor nave que un libro».

**EMILY DICKINSON**

«De los diversos instrumentos inventados por el hombre, el más asombroso es el libro; todos los demás son extensiones de su cuerpo... Solo el libro es una extensión de la imaginación y la memoria».

**JORGE LUIS BORGES**

## PRÓLOGO

Mientras miraba el hielo que cubría el horizonte, pensó en que estaba arriesgando todo por el amor y por la libertad.

La base parecía tranquila, las casas cubiertas por lonas blancas eran casi imposibles de percibir desde el aire, pero ella había logrado averiguar las coordenadas y después de un viaje infernal sobrevolando por media Antártida acompañada por medio centenar de comandos especiales del ejército británico, se encontraba cara a cara con aquella puerta sur a la Tierra Hueca.

En los últimos meses la vida no había sido sencilla. La guerra se había trasladado a Europa de nuevo, primero con la invasión por parte de los Aliados de Sicilia y el sur de Italia, pero sobre todo gracias a la liberación de Francia tras el desembarco de Normandía.

El Tercer Reich se veía amenazado por la mordaza de la Unión Soviética al Este y los Estados Unidos con sus aliados al Oeste. Mientras el poderoso imperio alemán se descomponía, ella continuaba trabajando para Himmler por temor a que pudieran hacer algo a su amado profesor Arthur Macfarland, pero ahora se encontraba en medio de aquel polar continente antártico para entrar de nuevo en la Tierra Hueca y desbaratar los planes de jefe de las SS.

A su lado, el oficial encargado de la misión le señaló con la mano el campamento. Apenas se distinguían unos pocos guardas, el grueso del ejército alemán debía estar ya bajo tierra.

Agatha miró por los prismáticos. El pozo era enorme, pero estaba disimulado con lonas cubiertas por nieve, únicamente una pequeña apertura estaba al descubierto, por la que los alemanes habían instalado unas escalas.

El capitán levantó la mano indicando a los francotiradores que se prepararan. Tenían que eliminar a todos los guardas a la vez y evitar que pudieran enviar algún mensaje a Berlín.

Alemania parecía acabada e impotente, pero Himmler seguía dando prioridad máxima a la Operación Odessa y en los últimos meses había enviado algo más de un millar de hombres y material. Agatha sospechaba que el líder de las SS pretendía reorganizarse en la Tierra Hueca y utilizar las armas de los intraterrestres para dar un giro inesperado a la guerra.

El capitán levantó el brazo y media docena de proyectiles surcaron el aire helado de la Antártida. Los soldados alemanes se derrumbaron como fichas de dominó, mientras Agatha se puso a temblar, mientras imaginaba como sería introducirse de nuevo en las entrañas de la Tierra.

# CAPÍTULO 1

## ESPIANDO

Las calles de Oxford parecían tan inalterables como los vetustos edificios de la Universidad. Los bombardeos alemanes por alguna misteriosa razón había respetado la ciudad y ahora eran los Aliados los que bombardeaban constantemente las capitales de Alemania.

Agatha temía por la suerte de miles de niños y mujeres que estaban sufriendo el mismo dolor irreparable que los británicos había experimentado al comienzo de la guerra. El ser humano nunca aprendía de sus errores y, sin proponérselo, estaba aumentando el odio hasta cuotas que llevarían a una tercera guerra mundial.

Estos oscuros pensamientos invadían la mente de la joven cuando se paró delante de la casa del profesor C. S. Lewis. Él era el único que podía aconsejarle. Después de cinco meses en Inglaterra, ya no soportaba por más tiempo el sentimiento de culpa, al saber que estaba trabajando para el enemigo. No quería que le pasara nada malo a Arthur, pero tampoco que por su culpa, soldados inocentes pudieran morir.

Se introdujo en el hermoso jardín de la casa, rodeado por frondosos setos y se aproximó al edificio de ladrillo rojo, cubierto por enredaderas con flores. Después se paró delante de una de las ventanas blancas de cristales pequeños, para observar si había alguien en la casa. Todo parecía en calma, como si aquel lugar fuera un templo improvisado a la sabiduría de su dueño.

Llamó y esperó unos segundos hasta que el profesor, vestido con un desgatado batín azul le abrió la puerta.

El profesor Lewis arqueó la ceja al contemplar en el umbral a su antigua alumna. No la veía desde hacía más de un año, cuando ella y el profesor Arthur Macfarland fueron a casa de Tolkien para que les ayudaran a descubrir la entrada a la Tierra Hueca.

El profesor Lewis había continuado todo aquel tiempo con sus programas radiados, sus clases de literatura y sus tertulias en el *pub*, sin acordarse de la misteriosa aventura de sus amigos. El tiempo parecía una larga sinfonía inmutable, que no tardaría mucho en llegar a su fin, pensó el profesor mientras ella entraba.

—Mi querida Agatha, siempre es un placer verla de nuevo. Estoy preocupado por usted, desde que recibí ese misterioso mensaje. Por favor pase —dijo el profesor.

La joven sintió el calor que contrastaba con el principio del otoño inglés. Después se acercó a una de las butacas tapizadas de amarillo y rojo, con el típico dibujo ajedrezado y respiró hondo. No le gustaba mostrar su alma, aunque fuera delante de una persona tan bondadosa como el profesor Lewis.

—No sé por dónde empezar —dijo la joven.

—Tranquila, no tenemos prisa. ¿Quiere un té bien caliente? —le ofreció el profesor.

—Muchas gracias.

Agatha permaneció en silencio, absorta en sus pensamientos hasta que el profesor apareció con una pequeña bandeja. La tetera humeaba desprendiendo un aroma agradable, como si la joven se hubiera acercado a casa del profesor únicamente para pasar una agradable tarde de domingo. Las pastas parecían recién hechas y cuando Agatha comió la primera, se dio cuenta que llevaba casi 24 horas sin probar bocado.

—Lo que tengo que comunicarles es muy grave. No sé cómo me he atrevido a venir. No merezco... —dijo la joven sin poder evitar que las lágrimas comenzaran a brotar de sus ojos.

El profesor Lewis intentó tranquilizarla, sabía que algo pesaba en la conciencia de su antigua alumna y que necesitaba desprenderse de esa dura carga.

—Sabe, querida Agatha, cuando aligeramos nuestra conciencia del peso que a veces soporta, vemos las cosas con más claridad. No tema, no voy a juzgarla, todos los seres humanos, en las circunstancias adecuadas, somos capaces de los actos más crueles o viles. Pero Dios nos mira de otra manera, no como nosotros nos vemos a nosotros mismos —dijo el profesor en un tono suave.

—He traicionado a mi país. Llevo meses pasando información al enemigo por temor a que hagan daño a Arthur. Ya no puedo soportarlo, pero sé que me vigilan y que si dejo de hacerlo, le matarán —dijo la joven con la voz entrecortada.

El hombre se quedó pensativo por unos momentos. No quería precipitarse en su respuesta. Ni siquiera entendía por qué le había elegido a él para compartir aquel secreto.

—¿Por qué me cuenta eso Agatha? Yo soy únicamente un viejo profesor de literatura, no puedo ayudarle —dijo al fin Lewis.

—Profesor, usted es un buen hombre. Todos en Oxford hablan de sus sabios consejos y su amor a la Verdad. ¿Qué puedo hacer? —preguntó la joven echándose a llorar de nuevo.

—Tiene que elegir, Agatha. Las elecciones siempre entrañan un riesgo. El profesor Arthur está en peligro, pero la guerra está casi terminada y los Aliados invaden Francia. Nadie puede garantizar que sobreviva a los continuos bombardeos o a la perfidia de sus captores —dijo Lewis.

—Eso es cierto. Pero hay un espía que me sigue a todas partes y temo que si descubre, que quiero hablar al MI6 de los planes de Himmler y de la Operación Odessa, acabarán con él —dijo la joven.

—Tengo una idea para deshacernos de ese hombre. Después tendrá que ponerse en contacto con los Servicios Secretos de su Majestad e intentar solucionar el problema —dijo Lewis.

—Muchas gracias profesor. No sé cómo agradecerérselo —dijo Agatha, que por

primera vez en muchos meses comenzaba a recuperar la calma.

El profesor Lewis se puso en pie y miró a través de los visillos de la ventana hacia el exterior. Un hombre vestido con gabardina gris y un sombrero de alas ancha calado hasta los ojos, fumaba un cigarrillo al otro lado de la calle. El profesor sintió un escalofrío al pensar en el problema en el que se estaba metiendo, pero después se giró y al ver a la muchacha, supo que tenía que cumplir con su deber, aunque en ello le fuese la vida.

## CAPÍTULO 2

### LA ENTRADA SUR

Aquello parecía una excursión de niños si lo comparaba con su primer viaje al Centro de la Tierra. Arthur contaba con casi dos mil hombres, cuatro aviones, varios carros de combate, transportes militares y hasta tres pequeños buques.

Las wehrmacht SS habían tardado casi seis meses en bajar todo el material, pero ahora disponían de un pequeño ejército a su servicio. La intención de Klaus era someter a los intraterrestres rebeldes y aliarse a su rey. No sabía cómo iban a reaccionar, ya que unos meses antes Arthur y él habían huido de la ciudad, pero esperaba que los soldados alemanes fueran su carta de presentación.

El comandante von Manstein estaba a cargo de la operación y Klaus Berg era el encargado técnico y el portavoz autorizado por Himmler para negociar con los intraterrestres.

Arthur sabía que Klaus se sentía temeroso de que Hans no hubiera muerto. Le habían visto derrumbarse sobre su cabalgadura, pero eso no aseguraba nada.

La entrada sur era realmente bella. Después de descender de los fríos hielos de la Antártida por una gigantesca chimenea de más de tres mil metros, llegaron a una inmensa caverna en forma de cúpula, a cuyas orillas había un caudaloso océano. La temperatura ascendía a medida que ellos bajaban a la Tierra Hueca, hasta llegar a unos muy agradables 22° grados centígrados. Allí crecían todo tipo de plantas exóticas, las antiguas especies tropicales que habían ocupado el mundo antes de la gran glaciación. También podían verse muchas aves exóticas y lo que parecían los primeros tipos de mamíferos que habían habitado el planeta, por no hablar de los imponentes dinosaurios.

Berg y Arthur fueron los primeros en descender, por lo que tuvieron que esperar casi un mes, para que los barcos estuvieran preparados y el material listo. Unas horas antes de entrar en el gran océano de la Tierra Hueca, el comandante von Manstein, les pidió que organizaran una expedición en avión.

El plan era dejar una cabeza de puente en la entrada, para que a medida que llegaran los miembros de las SS, que se unirían a ellos y el propio Himmler, existiera algún tipo de manera organizada de transportar a las tropas y los civiles hasta el interior.

Arthur no podía olvidar las últimas palabras de Himmler y su descabellada idea de fundar un Cuarto Reich. Su plan era transportar y esconder a poco más de doscientas cincuenta mil personas. Una verdadera locura, ya que la entrada se encontraba en un lugar inhóspito y tardarían meses en llevar a esa masa de gente a la

Tierra Hueca, por no hablar de la alta posibilidad de que los descubrieran los aliados.

El día antes de la gran marcha hacia la ciudad de los intraterrestres, Berg y él se subieron a uno de los Arado Ar196, los hidroaviones de reconocimiento que llevaban, para inspeccionar el terreno.

El avión despegó de las costas de la entrada sur y no tardó en tomar altura. A medida que se adentraban en la Tierra Hueca, pudieron ver de nuevo el cielo rosado de aquel increíble lugar. Durante algo más de cuatro horas, lo único que rompía la monotonía del agua era algún que otro gigantesco monstruo marino.

Aquellos mastodontes podían hundir uno de los barcos con gran facilidad, por eso Berg apuntó a los avistados y las coordenadas aproximadas de posición, ya que en la medida de lo posible intentarían evitarlos, desviando la ruta.

Cuando divisaron lo que parecía una isla bastante grande, de un tamaño similar a la isla de Lanzarote en Canarias, Berg ordenó al piloto que descendiera.

Sobrevolaron la isla dos veces, para examinarla bien. Estaba cubierta de una espesa vegetación, pero en el centro había un gigantesco cráter y en su interior algo parecido a una ciudad.

El alemán apuntó con el dedo la ciudad misteriosa y Arthur afirmó con la cabeza. Al parecer, los intraterrestres de la ciudad de los árboles milenarios no eran los únicos habitantes de la Tierra Hueca, pensó Arthur.

Berg ordenó al piloto que se aproximara al cráter. Los dos profesores pudieron ver una ciudad perfectamente ordenada, con grandes pirámides al final de una de las avenidas. Las construcciones eran muy similares a la de los mayas o los aztecas. No vieron habitantes, por lo que el alemán ordenó que descendieran y aterrizaran en la playa.

Arthur se quitó el casco forrado de cuero y lo puso debajo de su brazo.

—¿Por qué hemos descendido? Las órdenes eran que sobrevoláramos la zona, calculáramos los días de travesía y regresáramos a la base —comentó el profesor inglés algo molesto.

—¿No has visto lo mismo que yo? Estamos ante un nuevo descubrimiento. En esta isla habitó o habita otra civilización. Es increíble, tenemos que llegar hasta la ciudad e investigar —comentó Berg.

—Es una locura. No tenemos los equipos necesarios, tampoco el tiempo. En la base nos esperan antes de que anochezca —le indicó Arthur.

—Serán un par de horas de ascenso hasta el cráter, después regresaremos —dijo Berg

—Sí, luego otras dos horas de regreso caminando y cuatro en avión. Además todavía no hemos llegado a la otra orilla de este inmenso océano —contestó Arthur.

Berg frunció el ceño. No entendía cómo un prisionero que le debía la vida, se atrevía a contradecirle. Estuvo a punto de sacar su arma y terminar allí mismo con él. Su paciencia tenía un límite. Su destino estaba ahora unido al de Himmler y lo único que esperaba era que Arthur colaborara, al menos hasta que fuera útil, después ya

vería que hacía con él.

—Ascenderemos. Teniente, ¿es posible que nos lancemos en paracaídas sobre la ciudad? —preguntó Berg al piloto.

—Sí, señor.

—Pues de esa manera nos ahorraremos dos horas. El descenso será rápido. Como mucho una hora y media. Después continuaremos la misión —dijo el alemán.

Arthur no contestó. Era inútil razonar con aquel hombre. Desde que le conocía había mostrado la cara que más le convenía según las circunstancias. Primero se mostró como un nazi convencido, después como una víctima de Himmler, más tarde como un amigo y ahora era uno de los verdugos que le mantenían prisionero.

La avioneta ascendió de nuevo y unos minutos más tarde, los dos hombres se estaban arrojando sobre la ciudad perdida. Arthur sintió un escalofrío al saltar. A medida que se aproximaban a las suntuosas y gigantescas piedras, el profesor inglés pensó en Agatha. Estaba convencido que no la volvería a ver. La guerra había terminado con las esperanzas y vidas de muchas personas, ellos no serían una excepción. Al menos se alegró de que estuviese lejos de allí. Segura en Inglaterra.

## CAPÍTULO 3

### EL ESPÍA DE OXFORD

El viejo profesor C. S. Lewis nunca se había imaginado actuando de agente contra los nazis, pero si algo odiaba en este mundo, era la maldad infinita que aquellos hombres representaban. Muchas veces sus terribles hazañas de los nazis le recordaban la epopeya del Anillo de los Nibelungos y la destrucción del mundo por la ambición de poder.

El profesor siguió de cerca los pasos del hombre que vigilaba a Agatha, cuando la joven salió de su casa y se dirigió hasta su apartamento en el centro de la ciudad. Lewis había servido en la Gran Guerra en el frente de Francia, aunque no había durado mucho en la primera línea de combate, al caer enfermo poco después de incorporarse, pero al menos había aprendido algunas nociones básicas de defensa personal y conservaba una vieja pistola, el único trofeo que se había quedado de la guerra.

Lewis siguió al espía entre la tenue lluvia que empapaba su chubasquero y su gorra de tela. Después se detuvo a veinte metros del espía alemán y esperó a que este estuviera lo suficientemente distraído, para acercarse por detrás y apuntarle en el costado.

—No se mueva, no me gustaría tener que hacer uso de mi arma —dijo Lewis mientras apuntaba a la costillas del espía.

El hombre no contestó nada. Se limitó a aguantar la respiración. Por la calle no se veía a nadie y Lewis esperó impaciente a que se presentara Agatha, para que le ayudara a entregar al espía a la policía.

—Profesor Lewis, lo último que imaginaba de usted era que intentara detenerme —dijo el hombre en un correcto inglés.

Cuando el espía se giró. Lewis vio el pelirrojo y pecoso rostro de un joven, un aspecto que podía ser de cualquier parte del Reino Unido. Aquel hombre era británico o al menos lo aparentaba, pensó el profesor.

—Un hombre sabio como usted debería de estar del lado de los ganadores. El Führer está a punto de utilizar un arma fulminante sobre Inglaterra. Además él es el único que puede mantener a anglosajones y arios libres de la terrible contaminación de las razas inferiores —dijo el espía.

Lewis miró de reojo a la ventana del apartamento de Agatha. Estaba apagada, por lo que la mujer no tardaría en llegar. Después con una ligera sonrisa sarcástica contestó al joven:

—Lo lamento, pero no logrará convencerme con su charlatanería racista. Hace

muchos años que sigo como maestro a un judío, Jesús de Nazaret y creo en el Dios de los semitas. No quiero saber nada de su paganismo recalcitrante ni de sus programas de eugenesia e eutanasia. El hombre fue creado libre, todos somos iguales ante Dios y ustedes son la encarnación del mal.

El rostro del joven se ensombreció. Él lo había dejado todo por servir a Hitler. La seguridad de su vida y su amada Irlanda del Norte. Aquel viejo no era nadie para hablar así de los ideales de millones de personas.

—Un día gobernaremos el mundo y la gente como usted desaparecerá para siempre. Sus libros fantásticos y su apología de algo tan decadente como el cristianismo, tienen los días contados. Gran Bretaña será una de las aliadas de Alemania y el nuevo Reich durará mil años —dijo el joven enfurecido.

Lewis giró por unos segundos la cabeza, momento que aprovechó el espía para golpearle la mano y el arma se cayó al suelo. La pistola repiqueteó en la superficie empapada. El profesor intentó agacharse, pero el joven le golpeó en la espalda y le derrumbó. Después el espía se inclinó y tomó el arma.

Un disparó resonó en la calle vacía, aunque el ruido del aguacero lo amortiguó en parte. Nadie se asomó a las ventanas de las casa, como si aquel estruendo fuera un simple relámpago de aquel otoño tormentoso en la tranquila ciudad de Oxford.

## CAPÍTULO 4

### LA CIUDAD DE LA ISLA

No era la primera vez que Arthur se lanzaba en paracaídas, pero aún no se había acostumbrado a estar tan lejos del suelo ni a la desagradable sensación de la ingravidez. Afortunadamente cayó justo en medio de la avenida principal, cuyo suelo de arena parecía más blando que las rocas de los edificios cercanos.

Klaus Berg, por su parte, se golpeó ligeramente con una de las fachadas, pero parecía totalmente ileso cuando comenzó a recoger su paracaídas.

—Es maravilloso —dijo el alemán mirando a todas partes.

Pocas ciudades antiguas se habían conservado de aquel modo en la superficie. Aquel lugar era de una antigüedad milenaria, posiblemente mucho más antiguo que las pirámides de Egipto, pensó el profesor alemán.

Toda la ciudad parecía ordenada e intacta, pero sin habitantes, como si terminaran de abandonarla aquel mismo día.

Caminaron por la gran avenida hacia las pirámides gemelas. Apenas tenían poco más de una hora para investigar, por lo que Klaus Berg fue directamente al centro ceremonial que parecía el más espectacular de todos.

Dos gigantescas pirámides gemelas que se encontraban al final de la gran avenida tenían forma escalonada, coronadas con un pequeño templo en la cima, que se asemejaba mucho a las pirámides de los mayas o las del sureste asiático.

El profesor alemán comenzó a hacer fotos y apuntó algo en su cuaderno. Después, ambos ascendieron hasta la cima de la torre derecha. Desde la altura contemplaron con mayor nitidez la bella ciudad abandonada.

—Creo que puede alojar a más de cincuenta mil personas —dijo Berg.

Arthur hasta ese momento no había prestado mucha atención a la ciudad. Por su cabeza no dejaban de circular dos ideas. La primera era, ¿cómo descenderían hasta la playa por aquella selva repleta de animales peligrosos? Además, él estaba desarmado y Berg tenía únicamente una pequeña daga y una pistola. La segunda idea que le rondaba la cabeza era si aquella era una buena oportunidad para escapar. Aunque no le atraía nada quedarse en una isla en medio del océano, dentro de la ruta que los nazis tendrían que tomar unos días más tarde. Al final pensó que lo mejor era colaborar con el profesor alemán.

Cuando el inglés levantó la vista, no se fijó tanto en la perfecta arquitectura de la ciudad, como en una masa de gente que se acercaba corriendo por una de las calles laterales. Eran centenares de hombres de aspecto moreno. Llevaban ropas de colores y empuñaban armas afiladas.

Berg tomó su pistola y apuntó a los primeros indígenas que comenzaban a subir por la escalinata. Disparó a la multitud y uno de los hombres cayó fulminado, mientras el resto se pararon asustados.

Al detenerse, Arthur pudo observarlos con más detenimiento. Eran algo más bajos que ellos, velludos y con melenas negras y rizadas. La mayoría llevaban barbas y su cuerpo parecía más fuerte que el de un ser humano normal. Aquellos seres les miraron con sus ojos muy abiertos, escondidos debajo de una prominente frente. Después comenzaron a subir las escaleras despacio.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Berg con el rostro desencajado. En unos minutos, aquella horda habría terminado con los dos.

En ese momento, el hidroavión apareció en el cielo. Su ruido espantó a los indígenas, que corrieron a refugiarse a sus casas.

Una larga cuerda colgaba del aparato. Berg hizo una indicación al piloto y este descendió hasta que la cuerda comenzó a arrastrarse por el suelo y después por la pirámide. El alemán pegó un salto y se aferró a ella. Después comenzó a ascender.

El hidroavión giró de nuevo. El alemán ya había logrado subir a la cabina y ahora se dirigían a rescatar a Arthur. El profesor inglés miró a la cuerda y la horda de indígenas que parecían envalentonarse de nuevo. El avión pasó justo a su lado. Miró la cuerda y por unos instantes no supo que hacer. Observó a los pies de la pirámide y contempló los rostros de los primeros indígenas que volvían a ascender hacia él, empuñando sus armas.

## CAPÍTULO 5

### LOCALIZANDO LA ENTRADA SUR

Cuando el profesor Lewis se incorporó de nuevo, se estuvo examinando el empapado chubasquero durante unos segundos, pero no estaba herido. Después miró al suelo con los ojos empapados por la lluvia y observó la cara de dolor del joven. Sus ojos verdes parecían apagarse por momentos y el profesor se agachó instintivamente y le tapó la herida del pecho.

Agatha corrió hasta ellos y miró el cuerpo sobre el frío suelo de la calle. No era la primera vez que disparaba a alguien, pero el rostro de aquel muchacho le hizo sentirse confundida. No esperaba que fuera tan joven.

—Lo llevaremos a mi apartamento y llamaré a una ambulancia —dijo la joven.

Entre los dos movieron el cuerpo del joven. Tardaron unos minutos en llegar hasta el edificio, después ascendieron por la escalinata exterior, para acceder al pequeño apartamento. Cuando dejaron al joven sobre el sofá del minúsculo salón cocina, el profesor se sentía exhausto.

—Dios mío, creo que el corazón se me va a salir del pecho —comentó Lewis, apretando el chubasquero con las manos.

La joven tomó el teléfono y llamó a una ambulancia, después se puso en contacto con en MI6.

—No me atrevo a quitarle la ropa —dijo el profesor.

—Será mejor que esperemos a los sanitarios —afirmó Agatha.

El espía miró con desesperación al profesor y este le dio la mano. El joven se la apretó y le dijo algo en un susurro.

—Por favor, escriba a mi madre en Irlanda, para comunicarle que he muerto.

—No diga eso, joven. Se pondrá bien —comentó el profesor.

—Es mejor así, todo por lo que luchaba está desapareciendo. Realmente no creo que esas bombas secretas cambien el curso de la guerra. No podré unirme a todos los que se dirigirán a la puerta sur y unirme al futuro Reich.

—¿Dónde está la puerta sur? —preguntó Agatha.

El joven negó con la cabeza. No estaba dispuesto a traicionar a sus camaradas.

—Por favor, de esa manera evitará el derramamiento de sangre de más gente inocente —dijo Lewis.

—No puedo ...

—¡Maldita sea! Si no nos dices las coordenadas, morirás como un perro y serás enterrado en una tumba común y tu familia nunca lo sabrá —dijo Agatha furiosa.

El joven les miró con la cara desencajada. Después indicó su bolsillo inferior y el

profesor metió la mano. Lewis extrajo un papel amarillento y lo leyó brevemente:

—Las coordenadas son  $-66^{\circ} 36' 12.58''$ ,  $+99^{\circ} 43' 12.72$ .

Los ojos del espía se quedaron fijos en un punto. Después exhaló su último aliento e inclinó la cabeza hacia un lado.

Cuando llegaron los servicios sanitarios y el MI6 ya era demasiado tarde para salvar la vida del espía, pero les había dado una información imprescindible para encontrar la puerta sur de la Tierra Hueca.

## CAPÍTULO 6

### LA HISTORIA DE MAHAR PHUTRA

Elegir entre continuar siendo un prisionero de los nazis o morir descuartizado por los habitantes de una ciudad en medio de la nada no fue fácil, pero al final Arthur optó por lo segundo. Simplemente dejó pasar la cuerda y se preparó para recibir a los habitantes de aquella misteriosa ciudad.

Mientras los indígenas seguían subiendo la escalinata intentó repasar todo lo que había leído sobre la Tierra Hueca. En los últimos años se había generado mucha literatura al respecto, aunque la mayoría eran historias fantásticas sin ninguna base científica, pero en ese momento recordó la descripción de una isla en la Tierra Hueca y una ciudad de piedra.

Los indígenas estaban a unos pocos metros, cuando vino a su cabeza la obra de Edgar Rice Burroughs, *El corazón de la Tierra*. En esa serie de libros se hablaba de una ciudad similar llamada Mahar Phutra.

Arthur levantó las manos y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Mahar Phutra! ¡Mahar Phutra!

Los indígenas se detuvieron en seco. Uno de ellos, que vestía más elegantemente que el resto y llevaba un sombrero de plumas, levantó los brazos. Después subió hasta llegar a Arthur y le miró detenidamente.

—Mahar Phutra —repitió el jefe de los indígenas.

—Sí, esta es vuestra ciudad. Mi nombre es Arthur Macfarland —dijo Arthur en islandés. Con el deseo de que aquellos seres también entendieran ese idioma.

Al escucharle hablar en ese idioma, los indígenas se alborotaron. El profesor, sin saberlo, les había hablado en el idioma de sus más odiados enemigos.

Dos de los indígenas apuntaron las puntas de sus lanzas a su cuello. Todo parecía perdido, pero se armó de valor y dijo de nuevo:

—Estáis en peligro, el hombre pájaro volverá con muchos más.

—¿Hombre pájaro volverá? —preguntó el jefe.

—Sí, con grandes monstruos marinos y más pájaros. Ellos dominan el rayo y quieren conquistar todo vuestro mundo —les explicó Arthur.

—Llevarle ante el Sumo Sacerdote —dijo el jefe—. Los dioses deben haberle enviado para advertirnos.

Dos soldados llevaron al profesor hasta la base de la pirámide y después le condujeron a lo que parecía un hermoso palacio. Entraron por un pasillo iluminado y se dirigieron hasta la sala principal. El resto de los indígenas les seguía, pero al llegar al salón, el jefe ordenó a sus hombres que cerraran las puertas. Después les pidió que

le soltaran y ambos caminaron al gran altar de piedra que presidía el salón.

Allí, sobre una silla de madera adornada de piezas de oro, había un hombre muy viejo. Sus rasgos no eran como los del resto. Su cuerpo era más blanco, de dimensiones más parecidas a las humanas y su cabello era gris. El hombre levantó la vista. Sus ojos estaban enturbiados por cataratas que los emblanquecían, pero todavía desprendían un fuego especial.

—¿Quién es el extranjero? —preguntó el Sumo Sacerdote.

—Un hombre que vino del cielo en un pájaro volador. Otro de los hombres escapó, pero este se quedó para advertirnos de una invasión —explicó el jefe.

El anciano levantó su cara arrugada y Arthur pudo ver sus pómulos hundidos y la nariz aguileña. El profesor inglés estaba seguro de que no podía verle, pero el Sumo Sacerdote se dirigió a él.

—¿De dónde vienes? —le preguntó en un perfecto inglés.

Arthur se sorprendió al principio, pero al final le explicó brevemente su larga peripecia y la invasión inminente de los nazis.

—Hubo una época en la que yo fui un humano como tú, pero de eso ya hace mucho tiempo, casi mil años. La vida aquí dentro es distinta a la de fuera. No conocí esas armas de las que hablas, parecen demasiado fantásticas para ser ciertas —dijo el Sumo Sacerdote.

—Por desgracia son reales —contestó Arthur.

—Cuando yo nací, la Tierra vivía tiempos difíciles y la cristiandad estaba en peligro. Fui de los primeros en viajar a Tierra Santa y luchar contra los sarracenos, pero una noche descubrimos en Jerusalén una cueva justo debajo del Templo de Salomón, el maestro de nuestra orden nos pidió que investigáramos si aquella era la entrada al infierno. Le obedecimos y diez caballeros entramos por la gruta y llegamos hasta el inframundo, sufrimos todo tipo de penalidades, pero al final llegamos hasta esta isla. El único que queda vivo soy yo. Este pueblo aprendió todo lo que sabe de nosotros. Cuando llegamos eran poco más que animales. Nuestra paz está turbada, desde hace cien años nos atacan los habitantes de los árboles con sus monstruos alados. Por eso, cuando escuchamos algo en los cielos nos escondemos. Es la única manera de escapar de esas bestias —le explicó el anciano Sumo Sacerdote.

Arthur miraba al hombre incrédulo. Aquel anciano había vivido hacía poco menos de mil años en Jerusalén. Estaba ante un caballero medieval, en mitad de la Tierra Hueca.

## CAPÍTULO 7

### LA CONFESIÓN

El MI6 llevó a Agatha y el profesor Lewis hasta su sede en la ciudad de Oxford. Allí los interrogaron durante varias horas, pero a los agentes secretos no les convencían los argumentos de la joven ni del profesor. Entendían que Agatha estuviera siendo vigilada por los alemanes, pero les parecía disparatada toda la descripción que la mujer había hecho de la Tierra Hueca y de los planes de Himmler para construir allí un nuevo Reich alemán.

Los servicios secretos llamaron al oficial Preston, el agente que había reclutado a Arthur y Agatha para su primera misión. Este tardó dos horas en llegar, pero al final se presentó en las oficinas del MI6. En cuanto estuvo informado, sacó de allí a Agatha y el profesor Lewis, con la excusa de que su misión era altamente secreta y les acompañó hasta la casa del profesor cerca de la universidad. Cuando lograron relajarse un poco con un té caliente, el oficial Preston intentó ir directo al grano.

—Por lo que ha declarado, usted y el profesor Arthur Macfarland escaparon de la Tierra Hueca. Mintió al MI6 cuando nos dijo que no habían encontrado el Centro de la Tierra y también con la supuesta muerte del profesor Macfarland. ¿Es eso correcto?

—Sí, señor —dijo Agatha.

—Después estuvo pasando información sobre nuestros códigos secretos al enemigo durante meses, lo que pudo suponer el riesgo y la muerte de miles de soldados —dijo Preston.

—Sí, señor, pero yo... —intentó explicarse Agatha con el rostro descompuesto por la preocupación.

—No me interrumpa —dijo Preston secamente—. Se da cuenta de la gravedad de los hechos. Un tribunal de guerra la acusaría de alta traición y moriría en la horca o ante un pelotón de fusilamiento.

—Sé que merezco ese castigo —contestó la joven.

Preston se acarició el mentón, como si estuviera pensando algo. Entendía lo que había llevado a Agatha a sucumbir ante el chantaje de los nazis, pero no había excusas que valieran. El oficial sabía que apenas habían preparado al profesor Macfarland y a ella, para la peligrosa misión a la que se enfrentaban, aunque eso no les eximía de sus responsabilidades.

—No informaré al MI6 de esta parte del informe. Para el servicio secreto, usted no ha traicionado a Gran Bretaña. Tenemos que centrarnos en la misión. ¿Dónde se encuentra en la actualidad Arthur? —preguntó el oficial.

—Tiene que estar ya en la Tierra Hueca o a punto de entrar en ella. El plan de

Himmler para ocupar el Centro de la Tierra era inminente y aunque hayan tardado en transportar lo necesario, posiblemente ya estén camino a la ciudad de los árboles, para ponerse en contacto con los intraterrestres —les explicó Agatha.

El oficial se puso en pie y echó un vistazo al salón. Después miró el estudio al final del pasillo y señalando en esa dirección comentó:

—Profesor Lewis, ¿tiene un mapa del mundo?

El hombre se puso en pie, dejó su taza sobre la mesita y desapareció dentro del despacho. Cinco minutos más tarde apareció con un globo terráqueo.

—¿Dónde está la entrada sur? —preguntó el oficial mientras giraba el globo.

—Todo indica que está aquí —comentó Lewis señalando la Antártida.

—Pero ellos salieron por el Ártico —dijo Preston.

—Sí, pero la abertura era más pequeña y casi inaccesible, pero esta se encuentra en tierra firme —dijo el profesor.

—La Antártida es demasiado grande, tardaremos meses en dar con la entrada —dijo Preston desesperado.

—No, el espía tenía las coordenadas. Al parecer, los nazis más fanáticos y miembros de las SS, tienen la orden de huir hacia allí antes de que termine la guerra —comentó Agatha.

El oficial hizo un cálculo rápido y después comentó:

—Está bien. En barco tardaríamos dos semanas, los océanos ya no son tan peligrosos y menos en esas latitudes, pero el viaje es largo.

—Pero, si los alemanes logran contactar con los intraterrestres y llegan a un acuerdo con ellos, eso sería terrible. No tenemos tiempo —dijo Agatha.

—¿Qué sugiere? —preguntó el oficial.

—Mande un comando numeroso, la idea es sorprenderlos. Por lo que escuche a Himmler, al principio no había mucho más de un millar de soldados, pero si terminamos con Klaus Berg y salvamos a Arthur, los alemanes no encontrarán la ciudad de los árboles gigantes y eso nos dará el margen de tiempo que necesitamos para que envíen un cuerpo de ejército Aliado hasta allí —dijo la joven.

Aquello parecía razonable, pensó Preston. Con algo más de cincuenta hombres, podrían detener a los alemanes. Después la Armada mandaría a sus fuerzas para hacerse con el control.

—Está bien, creo que necesitamos que usted entre de nuevo en la Tierra Hueca —dijo el agente.

Agatha tomó aquella orden como un castigo y un premio al mismo tiempo. Penetrar de nuevo en la Tierra Hueca parecía temerario, pero al menos volvería a ver a Arthur y lo rescataría de las manos de sus enemigos.

## CAPÍTULO 8

### LOS ALEMANES COMIENZAN LA INVASIÓN

Mientras el hidroavión regresaba a la base, Berg no paraba de gruñir. Al principio pensó que el inglés no había alcanzado la cuerda en el momento adecuado, pero luego fue consciente de que lo había hecho a propósito. Aquel maldito profesor inglés había preferido una horda enfurecida de salvajes a regresar con él a la base.

El profesor alemán bajó del hidroavión y caminó a grandes zancadas hasta la tienda del Cuartel General. Allí estaban la mayoría de los oficiales reunidos con von Manstein. Al verle entrar la mayoría hizo el saludo nazi, pero el comandante no levantó la cara del mapa.

—Este mapa es inútil —dijo el comandante.

—Tengo que comunicarle... —comenzó a decir Berg.

—¡Maldito profesor de literatura! Le estoy diciendo que no nos sirve el mapa que usted y el inglés dibujaron —dijo el comandante furioso.

—Da igual el mapa, esta tierra está sin explorar. He descubierto una isla en mitad del camino, además está habitada por una subespecie. Descendimos para inspeccionar el terreno y Arthur Macfarland fue capturado —comentó Berg.

—¿Ha perdido al inglés? Es usted más inútil de lo que pensaba. Ese hombre es un especialista en Verne y en su famoso libro *Viaje al Centro de la Tierra*. Sin su ayuda estamos perdidos —dijo el comandante.

—Yo puedo sustituirle perfectamente —afirmó Berg.

—Usted es un incompetente. Todos sus cálculos son erróneos. Eso nos ha retrasado durante meses. Primero para encontrar la entrada, después el cálculo de la profundidad y ahora me temo que la distancia a la ciudad de los intraterrestres también es errónea —dijo el comandante.

El profesor alemán comenzó a enrojecer, aquel maldito militar salvaje e inculto quería darle lecciones a él, el descubridor de la Tierra Hueca, pensó Berg.

—Por ahora estará bajo vigilancia. No dará ni un paso sin mi consentimiento. ¿Entendido? —dijo el comandante.

Klaus Berg se limitó a afirmar con la cabeza. No había sido consciente hasta ese momento que seguía siendo un prisionero y que su miserable vida no se diferenciaba en nada a la que tenían antes de embarcarse en aquella aventura. Había vendido su alma al Diablo por un miserable plato de lentejas y ahora tendría que pagar las consecuencias.

## CAPÍTULO 9

### VOLANDO SOBRE LA ANTÁRTIDA

La gran masa blanca parecía interminable, pero después de tres días en portaviones, para aproximarse al perímetro de vuelo y catorce horas de avión a Agatha lo único que le importaba era pisar el hielo firme de la Antártida.

Los acontecimientos se había precipitado tanto, que una semana antes estaba en Inglaterra temerosa y agobiada por la culpa, en cambio ahora se encontraba a punto de regresar a la Tierra Hueca y buscar a su amado.

Aquello le recordaba la escena mitológica de Orfeo y la búsqueda de su amada Eurídice en el Hades. En cierto sentido, ella tampoco debía mirar atrás, para no perder su amor de nuevo.

El rechazo de Arthur, cuando sus colegas se enteraron que mantenía relaciones con una exalumna, los miedos y temores a ser despreciada de otra vez ya se habían disipado. Las experiencias de los últimos años en sus increíbles viajes y después, la tristeza de la traición y el miedo a perderle para siempre, le habían ayudado a recuperar sus sentimientos.

La joven era consciente de que la entrada a la Tierra Hueca era un camino sin retorno. Las posibilidades de que salieran de allí con vida una segunda vez, eran tan remotas, que apenas las consideraba.

Cuando el piloto les indicó que podían saltar, el monótono y ruidoso sonido del motor se confundió con el viento y el aire a presión que penetraban por la puerta. La cincuentena de soldados que había en el aparato se lanzó al gélido cielo de la Antártida y cinco minutos más tarde estaba sobre una gran colina de nieve.

Tras guardar sus equipos caminaron despacio por las lomas heladas, hasta situarse a poco más de dos kilómetros del campamento nazi. El sol resplandecía sobre la nieve, convirtiendo la luz en una intensa llama de fuego que golpeaba sus retinas.

—¡Están allí! —indicó el oficial y Agatha miró por los prismáticos. Ya no había marcha atrás. Tenía que regresar al Centro de la Tierra.

## CAPÍTULO 10

### EL PUEBLO DE LA ISLA

La única idea que había en la mente de Arthur era qué iban a hacer cuando los nazis llegaran a la isla. Si sus cálculos no eran erróneos, en dos días los verían acercarse por el sur.

El profesor inglés miró el océano intraterreno y disfrutó por unos segundos de su belleza. Después observó la arena rosada de la playa y el intenso color verde de los bosques que rodeaban la isla.

Escuchó unos pasos a su espalda, pero mantuvo la vista fija en el horizonte.

—¿Crees que regresarán? —preguntó el jefe.

—Sí, ellos han venido para quedarse. En cuanto divisen la isla estaremos todos muertos —comentó Arthur.

—Nosotros somos fuertes —dijo el jefe.

—Ellos tienen mejores armas, además están desesperados. Cuando hayan terminado con nosotros continuarán su viaje hacia la ciudad de los intraterrestres —comentó Arthur.

—Nuestras leyendas cuentan que nuestro pueblo bajó a la Tierra Hueca hace quince mil años. Él mundo era muy distinto entonces, todos eran selvas como estas y había mucha caza y pesca, pero un peligro se cernía sobre nosotros. Las grandes aguas fueron desatadas, los mares cubrieron la tierra y nuestro padre logró ponerse a salvo en un gran barco. Cuando el agua se amansó de nuevo, sus hijos ocuparon la tierra, pero uno de los hijos de aquel hombre que dio origen a nuestra raza, pensó que era mejor encontrar un lugar bajo tierra —narró el jefe.

Arthur se quedó sorprendido. Aquella era la historia del Arca de Noé. Muchos científicos dudaban de que aquello hubiera ocurrido realmente, pero en la mayoría de las culturas se hablaba de una gran inundación. Desde los indios de Norteamérica, pasando por los medos, los sirios y hasta los chinos, narraban una historia parecida.

—¿Cómo encontrasteis la entrada? —preguntó Arthur.

—Nosotros pasamos a la Tierra Hueca por una gruta de otra isla. No sé explicarte cual, pero desde allí caminamos cuarenta años, hasta el océano intraterreno y desde allí a esta isla. Hace mil años llegaron los caballeros, de los que no queda nada más que el Sumo Sacerdote. Gracias a él construimos nuestra ciudad. Hasta los ataques de los intraterrestres éramos un pueblo feliz. Cada uno de nosotros posee una pequeña tierra que cultiva, pero también trabajamos en la tierra común. Tenemos animales de carga, otros animales para alimento y que además nos dan leche. Fabricamos queso y salamos carne y pescado. Los intraterrestres querían someternos como esclavos, pero

hasta ahora hemos logrado resistirles —dijo el jefe.

—¿Sus ataques han sido siempre aéreos? —preguntó Arthur.

—No, una vez intentaron invadir la isla por el norte, pero logramos rechazarles —comentó el jefe.

—¿Cómo lo hicisteis?

—Gracias a las cuevas. Esta isla está hueca por dentro. Son las viejas chimeneas del volcán. Mientras nuestros enemigos ocupaban la ciudad, nosotros nos escondimos en las cuevas. Por las noches les atacábamos y volvíamos a escondernos. Ellos quisieron darnos caza y mandaron soldados a por nosotros, pero en los túneles eran más vulnerables y matamos a muchos de ellos. Al final dejaron la isla y no han vuelto —dijo el jefe.

El profesor inglés pensó que aquella era la única forma de resistir a los alemanes. Cuando llegaran las tropas, se refugiarían en las cuevas y les atacarían. Al final, los alemanes se cansarían de luchar y continuarían su camino, pensando que sería mejor invadir esa minúscula isla más adelante.

## CAPÍTULO 11

### LA ENTRADA EN EL INFIERNO

Con los guardias abatidos por los francotiradores, reducir a la cincuentena de soldados no fue muy difícil. Primero atacaron tienda por tienda y en las cabañas, después a los guardianes de la entrada a la Tierra Hueca, que eran los únicos que estaban vivos.

Agatha ordenó al oficial que atraparon con vida al capitán que estaba al mando. Necesitaban información de primera mano sobre los planes de los nazis. ¿Cuándo habían bajado a la Tierra Hueca?, ¿Cuántos eran?, y ¿Si se esperaba la llegada de nuevos contingentes?

El oficial llevó al capitán desde su tienda hasta la cabaña. Aquel era uno de los pocos sitios en los que se podía estar relativamente cómodo. Al parecer, según descubrió la joven, aquel había sido el alojamiento del comandante y de los dos profesores.

—Capitán hemos respetado su vida con una condición. Alemania se hunde, la guerra está perdida. Los miembros de las SS serán juzgados por sus crímenes de guerra, pero podemos prometerle un buen trato si nos informa de algunas cosas —dijo Agatha.

—Lo lamento, *fräulein*, pero he realizado un juramento al Führer y otro a Himmler, no puedo traicionarles —contestó el capitán.

—Los aliados están luchando en este momento en suelo alemán y los rusos no tardarán en ocupar Berlín, su juramento no vale para nada. Lo único que importa es que usted regrese con su familia y no termine guillotinado o ahorcado —dijo Agatha.

El joven oficial se sonrojó ligeramente. Su rostro aniñado parecía indicar que era de la última hornada de oficiales recién licenciados de las SS.

—Lo único que sé es que bajaron hace cinco días. Deben ser casi dos millares con tres barcos, algo más de diez carros de combate, camiones y otros transportes. También cuatro hidroaviones —dijo el oficial con voz temblorosa. Parecía que en cualquier momento se iba a echar a llorar.

—Gracias por la información. Una última pregunta, ¿estaba con ustedes un profesor inglés y otro alemán? —preguntó Agatha.

—Sí, bajaron de los primeros —contestó el oficial.

—Gracias —dijo la joven.

Cuando el oficial inglés y la joven se quedaron a solas, examinaron algunos de los planos que había sobre la mesa. Agatha comprendía algo de alemán y pudo interpretarlos. Al parecer, en los próximos meses estaba prevista la llegada de miles

de alemanes de las SS, incluyendo a mujeres y niños. El propio Himmler tenía previsto huir y reunirse con todos los «elegidos» para salvaguardar la raza aria.

—Tenemos que descender hoy mismo. Llevaremos todo el explosivo que podamos transportar. Abajo nos espera todo un ejército, pero ellos no saben que estamos tras su pista. Con un poco de suerte, el grueso de las tropas ya habrá marchado hacia el norte, lo que permitirá robar algún transporte y eliminar a los soldados que haya en la base —dijo Agatha.

—Dicho de esa manera parece sencillo, pero es fácil que en la base haya al menos dos centenas de soldados. En este caso tenemos que descender, sin poder defendernos y a cuerpo descubierto —comentó el oficial inglés.

—Lo sé Mark. La misión es muy difícil —dijo Agatha llamando por primera vez por su nombre al oficial.

—Lo lograremos, al fin y al cabo somos comandos, hemos sido entrenados para eso. Que Dios nos ayude a llegar al Centro de la Tierra, antes de que esos alemanes descubran que estamos tras su pista —comentó el oficial.

La joven le sonrió y después dejó que sus pensamientos se marcharan muy lejos. A sus confusos recuerdos sobre la Tierra Hueca. Aquel mundo increíble tenía peligros aún más terribles que los propios nazis. Lo único que deseó es que Arthur aún siguiera con vida y pudieran verle al menos una vez más.

## CAPÍTULO 12

### LA INVASIÓN DE LA ISLA

Dos de los barcos se aproximaban por horizonte, cuando Arthur los observó desde la cima. Sobre ellos había dos hidroaviones y, si los cálculos no le fallaban, al menos unos mil ochocientos hombres.

Aquel ejercito era pequeño comparado con los casi veinte mil varones de la ciudad, pero estaba mejor pertrechado y adiestrado que el suyo. Él dirigía a un grupo de campesinos que sabía utilizar cuchillos, lanzar y hondas. Aquellos indígenas no eran rivales para los nazis.

Las mujeres y los niños ya estaban ocultas en las grutas más profundas cuando empezó el ataque.

El Sumo Sacerdote les había facilitado tres catapultas, que con sus proyectiles incendiarios podía hacer algo de daño a los alemanes cuando pisaran la playa, pero que no tardarían mucho en ser interceptadas.

Arthur organizó a los primeros indígenas. Las catapultas estaban preparadas y algunos lanzadores de honda se habían ocultado cerca de la playa para abatir a una centena de soldados antes de correr hacia el cráter.

Cuando los dos barcos se detuvieron a pocos metros de la orilla, los hidroaviones sobrevolaron el cráter y vieron las catapultas.

—¡Mierda! —gritó Arthur. El factor sorpresa estaba a punto de irse al diablo.

—¿Qué hacemos? —preguntó el jefe.

—Será mejor que disparemos mientras podamos —comentó Arthur.

Los primeros proyectiles incendiarios cruzaron el cielo rosáceo, pero cuando llegaron a la playa, los soldados alemanes aún estaban en el agua.

Los hidroaviones sobrevolaron de nuevo las catapultas, pero esta vez no se limitaron a observar. Lanzaron granadas de mano y dispararon con sus ametralladoras.

Una de las catapultas quedó destrozada y una docena de indígenas yacían inertes en el suelo.

—¡Mantened el fuego! —gritó Arthur.

Cuando los alemanes llegaron a la playa, recibieron los primeros impactos de las bolas de fuego. Una de ellas cayó sobre una decena de soldados, otra alcanzó a un carro de combate.

Los soldados continuaron su avance y algunos comenzaron a llegar a los árboles. Los indígenas lanzaron sus piedras con las hondas, alcanzando a una treintena, pero los soldados respondieron con las ametralladoras y lanzando granadas. Al final los

indígenas tuvieron que huir y refugiarse en las cuevas.

Desde el barco, el capitán, el comandante y el profesor Klaus Berg observaban la batalla. Von Manstein parecía furioso.

—No pensé que nos resistieran antes de desembarcar. Estoy seguro que el profesor inglés al que dejó escapar está detrás de esta táctica. Profesor Berg, pagará por cada uno de mis hombres muertos —dijo amenazante el comandante.

—No resistirán mucho más —dijo Berg, intentando calmar los ánimos.

El comandante le dedicó una mirada de desprecio. Después ordenó que desembarcara el segundo contingente y que el tercer hidroavión entrara en combate.

Cuando Arthur vio a los tres aparatos sobre sus cabezas, supo que el ataque sorpresa había concluido y que era momento de refugiarse. Habían logrado abatir a algo más de una centena de soldados, no estaba mal, pero aquello no era suficiente para que los nazis pasaran de largo y les dejaran en paz.

—¡Al refugio! —gritó el profesor inglés.

Los indígenas corrieron hasta las casas, desde allí se accedía a los túneles, pero antes de esconderse, dos centenares de indígenas murieron ametrallados o por la explosión de alguna granada. Él mismo logró llegar con vida de milagro. Cuando estuvieron en los túneles, se puso en marcha el segundo plan. Ahora tenían que esperar a los alemanes y llevarlos hasta sus túneles, para terminar allí con ellos.

## CAPÍTULO 13

### COMANDOS EN ACCIÓN

Los alemanes habían colocado al principio escalas gigantescas para descender a la Tierra Hueca, pero después había instalado dos elevadores parecidos a los utilizados en las minas de carbón, pero de mayor envergadura. Los comandos sabían que si los alemanes escuchaban a los elevadores descender sin previo aviso, eso les pondría en guardia y los recibirían a tiros. Por eso era mejor, aunque supusiera un gran esfuerzo mayor, bajar por las escalas.

Mark había calculado que necesitarían algo más de un día para llegar a la Tierra Hueca. Sus hombres eran de los mejores soldados del país, pero no era sencillo soportar tantas horas de descenso. Sobre todo temía por Agatha, ella no estaba acostumbrada a ese gran esfuerzo físico.

El segundo problema que se les planteaba era: ¿Cómo se iban a enfrentar a un ejército muy superior? No tenían muchos recursos y su única ventaja se encontraba en el factor sorpresa. Pero pasados los primeros minutos, los alemanes reaccionarían y podrían masacrarlos con facilidad.

Mark había pensado un plan. Este consistía en no enfrentar directamente a los alemanes. Tendrían que llegar sigilosamente hasta un transporte, robarlo y huir. Eso sí, inutilizando antes el resto de transportes y comunicaciones con el ejército avanzado. Para ello dividiría el grupo en tres equipos. El primero se encargaría de robar el transporte, el segundo de hacer explotar las comunicaciones y el tercero de intentar inutilizar el resto de transportes, en especial el hidroavión.

Todo tenía que estar cronometrado y hacerse al mismo tiempo. Los soldados de los otros dos grupos tendrían que alcanzar el transporte antes de tres minutos.

Agatha estaría en el primer grupo, pero él ayudaría al segundo. Cabía la posibilidad de que no lograra llegar al barco, lo que pondría toda la operación en manos de la mujer. Él confiaba en ella, pero era consciente de que no estaba preparada para dirigir a sus hombres.

El descenso fue más difícil y largo de lo que imaginaban. Las gruesas sogas y cuerdas estaban bien anudadas, pero a medida que descendían estaban más húmedas y escurridizas. Por otro lado, llevaban el peso de los explosivos y el temor a hacer algún ruido.

Tras más de treinta horas de descenso divisaron el campamento. Afortunadamente no estaba debajo de las escalas, pero si continuaban descendiendo de día, los verían antes de llegar al suelo. Tendrían que esperar a la noche intraterrena para llegar a la superficie.

Pasaron cuatro horas colgados, con los músculos entumecidos, hambrientos y sedientos, pero sin hacer el más mínimo ruido.

Por la noche, cuando el oficial dio la orden, comenzaron a descender lentamente, les quedaban algo menos de cuatro horas para llegar al suelo.

El primer grupo descendió y se ocultó entre los árboles, después llegó el segundo y tercer grupo sin incidentes.

Agatha se dirigió con el primer grupo hacia la playa, para capturar el barco, los otros dos se fueron a cumplir sus objetivos. Habían localizado algo más de cuarenta guardias y dos torres de control.

El primer comando llegó hasta el barco. Dos de los soldados subieron por la cubierta más alejada de la orilla y en unos segundos habían eliminado a los dos centinelas de la proa. Después hicieron lo mismo con los de popa.

Agatha entró en el barco con el resto de los hombres. En los camarotes encontraron a una veintena de marineros adormilados, que encerraron en una celda de las bodegas.

El primer objetivo estaba cumplido, pero lo más difícil era eliminar el hidroavión y explotar las torres de comunicaciones.

Mark se acercó a la zona de comunicaciones. Estaba rodeada por una valla metálica. Dentro se encontraba una gran antena y dos más pequeñas, ponían en contacto a la base con los otros dos barcos.

Los comandos colocaron las cargas explosivas. Tenían dos minutos para llegar hasta el barco, antes de que toda la base se diera cuenta del ataque.

Al mismo tiempo, el tercer comando atacó el hidroavión. Estaban poniendo las cargas, cuando uno de los pilotos se acercó al aparato para recoger algo. Al verles sacó su arma y comenzó a disparar. La alarma se extendió rápidamente por todo el campamento.

Los dos comandos corrieron hacia el barco. Tenían que pasar la playa a cuerpo descubierto, antes de introducirse en el mar y subir al barco. Los alemanes comenzaron a disparar y cuatro comandos cayeron muertos.

Mark corrió con todas sus fuerzas, pero cuando puso el primer pie en el agua notó un impacto en la espalda, después otro en el muslo. No logró mantener el equilibrio y se derrumbó dentro del mar.

Otros cinco comandos más murieron mientras intentaban subir al barco. Lo único que salvó al resto fueron las explosiones que sorprendieron a los alemanes y les distrajeron por unos momentos.

El cielo se iluminó por unos instantes con las deflagraciones, mientras el barco comenzaba a alejarse de la costa. Agatha estaba a salvo, pero apenas quedaban treinta soldados con vida y el oficial al mando era uno de los que habían caído en combate. Ahora ella tenía que asumir el mando de la misión y sabía que no estaba cualificada para ello.

## CAPÍTULO 14

### EN LAS CUEVAS

La claustrofobia de Arthur no le ayudaba a pensar con claridad en las grutas de la isla. La situación era desesperada. Por un lado creía que era mejor permanecer allí dentro y esperar que los alemanes se cansaran y terminaran siguiendo su camino, pero al mismo tiempo sabía que tenían la oportunidad de minar la fuerza de ocupación nazi, hasta el punto de desbaratar la Operación Odessa. Aunque eso también le ocasionaba un problema moral. ¿Tenía que sacrificar a un pueblo para detener los planes criminales de Himmler? ¿No era eso parecido a lo que los propios nazis creían al perseguir al pueblo judío?

Las dudas asaltaban a Arthur y decidió pedir consejo al Sumo Sacerdote. Al fin y al cabo, llevaba gobernando a aquellos seres durante casi mil años.

El refugio del Sumo Sacerdote no era muy grande. Carecía de todo lujo y lo único que le diferenciaba de los pequeños habitáculos del resto era una cama y una especie de escritorio rústico. Dos guardias custodiaban el lugar y tuvo que pedir permiso, antes de ser recibido por el Sumo Sacerdote.

Lo primero que le sorprendió fue ver al anciano vestido con sus viejas ropas medievales de caballero. Estaba de rodillas frente a la cama, como si estuviera orando. Al escuchar los pasos de Arthur se puso en pie con dificultad. Su cuerpo apenas podía sostenerse con el peso de la armadura. Le miró con sus ojos vidriosos y el profesor tuvo la sensación que el anciano sabía exactamente a lo que venía.

—La vida es más compleja de lo que la mayoría de la gente llega a imaginar. Nuestras decisiones, hasta las más simples, siempre afectan a los que nos rodean — dijo el anciano.

—Eso es lo que me atormenta —dijo Arthur.

—Explícame lo que te preocupa e intentaré ayudarte, aunque la decisión la tendrás que tomar tu solo.

El profesor se quedó sorprendido. Hasta hace unos días él era un extraño para toda esa gente. Ni siquiera pertenecía a su raza. ¿Cómo podía tomar decisiones por ellos?

—No creo que pueda hacerlo —dijo al final Arthur.

—¿El qué? ¿Cuáles son tus dudas? —preguntó de nuevo el anciano.

—Creo que si este pueblo se enfrenta a los nazis quedará masacrado. Morirá la mayor parte de ellos y se extinguirán como raza. No les puedo pedir ese sacrificio — dijo Arthur.

—¿Por qué? —preguntó el anciano. Después se sentó en la silla del escritorio.

El profesor meditó la respuesta por unos instantes. Después se inclinó hacia el anciano, como si este necesitara que le hablara más de cerca y le dijo:

—No puedo llevarles al altar del sacrificio. Me estaría comportando como los nazis, que están masacrando a pueblos enteros en nombre de un ideal totalmente perverso.

—Lo entiendo, pero ¿en qué se diferencia lo que quieres hacer de lo que los alemanes están haciendo?

—No estoy seguro de que haya una diferencia —contestó Arthur.

—Sí la hay. Los nazis creen que el sacrificio de los otros pueblos es merecido, porque ellos son superiores. Creen que su raza es mejor y que para que sobreviva y se extienda tiene que someter a otras o destruirlas, pero tú no piensas como ellos. Para ti, el sacrificio de este pueblo al que no conoces es una pérdida irreparable. La gran diferencia entre lo que tú haces y ellos hacen es que no deseas la extinción de este pueblo. Lo que quieres es parar el horror que producen los nazis. Realmente les estás dando la opción de luchar. Puede que su sacrificio sea en vano o que muera en el intento, pero su dignidad se encuentra en esa lucha, no en su supervivencia, sometidos por otros. Además, tú estás dispuesto a sacrificarte juntamente con ellos —dijo el anciano.

Arthur entendió el mensaje. Un pueblo se desvirtúa más aceptando el horror y el mal, que extinguiéndose en su lucha contra este. El sacrificio no es el mismo. Uno es por el bien y otro es para asentar el mal. En uno la dignidad de la persona se muestra en su lucha y en el otro el mal termina cosificando a las personas y los pueblos.

—Lucharemos —dijo Arthur al fin. Sabía que aquella podía ser su última decisión, pero al menos habría muerto por una buena causa.

## CAPÍTULO 15

### SACANDO AL RATÓN DE SU MADRIGUERA

Klaus Berg se sentía totalmente confuso. El comandante le había excluido de la toma de decisiones, pero de una manera extraoficial. Mantenía las formas con él, pero no le convocaba a las reuniones de control ni compartía con él sus planes.

El profesor alemán se sentía doblemente exasperado. Él era el descubridor de la Tierra Hueca y la última esperanza para Alemania. Lo había sacrificado todo por su país y ahora era tratado con desprecio. Pero tenía un plan.

El comandante tenía dudas si continuar la lucha en la isla o proseguir con su viaje de invasión. Unas semanas más tarde, pensaba, podría regresar con sus «nuevos aliados» y masacrar a esos salvajes. Aunque al comandante no le gustaba la idea de dejar a unos enemigos en su retaguardia.

Berg tenía que hacerle luchar. Cuando fracasara, su posición ante el resto de oficiales se debilitaría y después sería su turno. Ya pensaría cómo deshacerse de su enemigo, pero su objetivo en ese momento era el comandante.

Lo primero era ocultar al comandante la información que tenía sobre la ciudad. Además, entorpecería en todo lo posible las órdenes e intentaría crear confusión.

El ataque estaba previsto para la mañana siguiente. No conocía de primera mano los planes, pero un oficial con el que había hecho amistad, le había informado de los detalles generales.

Los alemanes se dividirían en dos grupos, que atacarían por el sur y el norte la isla, mientras los hidroaviones bombardearían la ciudad y la ruta de los dos grupos, para despejar el camino y crear temor en los indígenas.

Lo que no sabía Klaus Berg era que antes de que comenzara la batalla, dos acontecimientos iban a cambiarlo todo.

## CAPÍTULO 16

### LA LLEGADA INESPERADA

Los soldados estaban desembarcando en la playa, cuando los vigilantes detectaron que aproximaba un barco. Los alemanes sabían que el único barco que había en la Tierra Hueca, además de los dos que ellos llevaban, era el que se había quedado en la base. Los nazis no sabían nada de la base desde hacía casi cuarenta y ocho horas. Por eso, cuando avistaron el barco, fueron conscientes que había algún problema.

El comandante von Manstein mandó un aviso por radio al buque para que no se aproximara a ellos a una distancia menor de la de tiro. Después pensaba mandar unas lanchas para examinar el barco y comprobar que todo estaba bien, ya que desde el buque tampoco recibían respuesta a sus mensajes.

El barco se detuvo a la distancia ordenada y el comandante creyó que posiblemente todo aquello tenía una explicación. Mandó dos lanchas con una veintena de hombres y dos oficiales, para que subieran a bordo.

Las lanchas se acercaron a toda velocidad hasta el buque, fueron hasta su popa y esperaron que los tripulantes les lanzaran las escalas. Unos segundos después, ya estaban subiendo a bordo. Los dos oficiales se sorprendieron al no ver a nadie en cubierta. Desenfundaron sus armas y se dirigieron hasta el puesto de mando, pero apenas habían comenzado a moverse, cuando las ametralladoras fijas de la popa comenzaron a disparar contra ellos. En unos segundos, todos los soldados enviados por el comandante yacían muertos sobre la cubierta.

En ese momento Agatha ordenó desde el puesto de mando, que el barco pusiera sus motores a toda máquina y se lanzara contra el buque que capitaneaba la expedición.

El comandante escuchó el eco de las balas de las ametralladoras y pidió a sus hombres que se pusieran en alerta máxima, pero tenía dos problemas. La mayor parte de los soldados estaban en las playas esperando sus órdenes. Además los barcos estaban de popa, pero la mayor parte de sus cañones y armas ofensivas estaban en la proa. El comandante sabía que era imposible que sus barcos giraran antes de que les alcanzara el otro buque.

Von Manstein ordenó a la sala de calderas que pusiera los motores a toda máquina, después mandó que se armara a todos los cañones y envió a un gran número de soldados con ametralladoras de posición, para contratacar al buque, que se precipitaba a toda velocidad sobre ellos.

Cuando el suboficial comunicó a Agatha, que los otros buques estaban a tiro esta ordenó fuego. Los cañones empezaron a disparar contra los buques, pero los primeros

proyectiles cayeron a pocos metros de los navíos, sin dañarlos.

Unos segundos más tarde, los proyectiles comenzaron a impactar en los navíos. El estruendo de los disparos se confundía con el humo y el fuego que empezaban a producir los primeros daños. Muchos soldados salían despedidos de la cubierta y otros caían abatidos por las ametralladoras.

Desde la cima del volcán, Arthur observaba la escena. Estaba algo sorprendido al principio. Pensó que los alemanes se estaban peleando entre ellos, pero después imaginó que los británicos estaban realizando algún tipo de ataque sorpresa.

Arthur mandó a los indígenas que comenzaran un asalto contra uno de los grupos de soldados que estaban en la playa. Sabía que un segundo frente terminaría por desbaratar a las fuerzas enemigas.

Cuando los soldados vieron acercarse a los salvajes no supieron cómo reaccionar, la cadena de mandos estaba rota y la mayoría dejó las armas pesadas y se dirigió corriendo hacia las barcasas que les habían acercado a tierra.

El comandante estaba furioso. Sus buques no podían responder al fuego del otro barco, pero al estar girando, tampoco podían apoyar a los soldados en tierra. Además el barco capitán en el que se encontraba comenzaba a estar seriamente dañado.

Berg actuó con astucia. Tomó una de las lanchas y se dirigió al otro barco, que parecía girar más rápidamente y se mantenía prácticamente intacto. Subió rápidamente a la cubierta y asumió el mando de la nave. Primero ordenó que el barco se apartara del otro. Prefería que el barco capitán y el capturado por los enemigos se destruyeran mutuamente, ya se haría él con el control de la situación más tarde. Después comenzó a girar la nave, para poder atacar la popa del barco enemigo más adelante.

Agatha se dio cuenta de la intención del buque que se alejaba, pero su plan era terminar primero con el navío capitán.

Los cañones del barco capitán comenzaron a disparar y dañaron la proa del buque enemigo. Estaban tan cerca, que en unos minutos, los dos barcos quedaron inutilizados, hasta que el barco capitán comenzó a hundirse lentamente.

Berg sonrió desde la cabina del piloto. Aunque lo que realmente le hizo sentirse feliz fue comprobar que la que dirigía la operación contra ellos era Agatha. El destino le había regalado un arma mortífera contra Arthur y que le hacía tremendamente débil, el amor que sentía por aquella mujer.

## CAPÍTULO 17

### BAJO EL MAL

Agatha vio el buque y observó con los prismáticos el rostro conocido de Klaus Berg. Aquel hombre podía ser tan escurridizo como una serpiente y mostrar muchas caras. La mujer ordenó que el barco virara, la nave capitana ya se estaba hundiendo y tenían que evitar que el otro barco alcanzara su popa.

En la playa continuaba el combate y un oficial del grupo que estaba en la parte norte de la isla había ordenado a sus hombres subir a las barcasas y apoyar al otro grupo, que confundido por el hundimiento de la nave capitana, ahora intentaba resistir a los indígenas.

Arthur había logrado sorprender a sus enemigos, pero sus armas no eran suficientes para resistir por mucho tiempo, era mejor que se replegaran, sobre todo cuando observó que más soldados se aproximaban en barcasas. De todas maneras el resultado había sido muy positivo. Sin sufrir apenas bajas, habían eliminado a casi trescientos soldados.

Berg logró envolver al otro barco y comenzó a disparar sobre él antes de alcanzar su popa. Agatha ordenó la evacuación por estribor. El profesor alemán ordenó que intensificaran el castigo al buque enemigo y este comenzó a escorarse hacia babor.

Los ingleses se montaron en una lancha y lograron que esta llegara al agua justo a tiempo, después se alejaron hacia la isla.

El profesor alemán vio cómo su presa se escapaba y ordenó a las barcasas que estaban cerca de la playa que capturaran con vida a los ingleses.

Antes de que la lancha en la que estaba Agatha consiguiera llegar a la playa, fue rodeada por los alemanes. Los comandos se prepararon para luchar, pero la mujer comprendió que era inútil y tiró su arma. El resto de soldados ingleses la imitó. Les habían hechos prisioneros.

Arthur observó la escena desde la playa, mientras terminaba de replegar a sus hombres. No podía creerse lo que veían sus ojos. Al principio solo observó lo que parecía una mujer con un grupo de comandos, pero al fijarse con más detalle se dio cuenta de que era Agatha. Al descubrirlo le dio un vuelco el corazón, pero sabía que era inútil intentar salvarla.

Mientras los alemanes se llevaban a sus prisioneros al único buque que se mantenía a flote, algunos oficiales y marineros del buque capitán también se aproximaban por el otro costado. De pie, en medio de los soldados se encontraba el comandante. Tenía el uniforme manchado de hollín y sangre, que le manaba de la herida en el hombro derecho.

Klaus Berg salió del puesto de mando y se dirigió con cinco soldados hasta la cubierta. Miró desde allí a la lancha y se dirigió directamente al comandante:

—Por las órdenes de nuestro Führer Adolf Hitler de eliminar a todos los que dejan su puesto y huyen del combate. Le condeno a la muerte —dijo Berg. Después le apuntó con su pistola y disparó. El resto de soldados que le acompañaban hizo lo mismo, hasta que todos los tripulantes de la lancha estuvieron muertos.

Uno minutos más tarde, llegaron los prisioneros británicos. Los alemanes les llevaron directamente a un calabozo en las bodegas del barco, pero Klaus Berg pidió que llevaran a la mujer a su camarote.

Cuando el profesor alemán vio el rostro magullado de la mujer no pudo evitar una sonrisa.

—Pensé que nunca más volveríamos a vernos, pero parece que el destino tenía preparada otra cosa. Eres justo lo que necesito para vencer a Arthur, seguro que vendrá a buscarte y entonces, podré deshacerme de él para siempre.

## CAPÍTULO 18

### LA DECISIÓN

Cuando llegó el mensajero alemán, Arthur Macfarland sabía que únicamente era cuestión de tiempo que Klaus Berg se pusiera en contacto con él. El profesor inglés sabía que utilizaría a Agatha para atraparle, pero no podía hacer nada para impedirlo.

Las condiciones de Klaus Berg eran claras: Dejaría en paz la isla y a sus habitantes, aunque Arthur sabía que volvería para exterminar a todos en cuanto pudiera, tampoco haría daño a Agatha, pero a cambio él tenía que entregarse.

Arthur visitó al Sumo Sacerdote antes de ir con el mensajero alemán hasta la playa. Sentía que aquel hombre podía darle un último consejo.

El anciano ya estaba informado de la situación, por lo que cuando apareció se puso en pie, se acercó hasta él y apoyó las manos sobre sus hombros.

—Sabes que ese hombre no cumplirá su palabra, pero no olvides que el bien siempre busca recovecos por los que salir victorioso. Cuando los cruzados entramos en Jerusalén se cometió una verdadera masacre sobre su población. Yo sabía que Dios no aprobaba eso, clamé por justicia, pero nadie me escuchó, pero la justicia llegará más tarde o más temprano. No tardará mucho, antes de lo que esperas la verás —dijo el anciano y en ese momento comenzó a desvanecerse.

Arthur lo sostuvo en sus brazos y lo depositó con cuidado sobre su cama. El jefe de los salvajes ayudó a Arthur y después se apartó un paso. El anciano le pidió que se acercara. El profesor inglés se agachó para escuchar la debilitada voz del anciano:

—Yo estoy a punto de morir. Tú eres el elegido, yo llevo cientos de años esperando a que aparecieras. Todavía no lo sabes, pero descubrirás el propósito de tu vida muy pronto.

El anciano abrió la boca y suspiró por última vez, antes de morir en brazos de Arthur. El jefe, a su lado, le miró con lágrimas en los ojos.

—¿Qué te ha dicho? ¿Qué haremos ahora sin él y su sabiduría?

—Nada, no me ha dicho nada —dijo Arthur, que aún no comprendía las palabras del anciano.

## CAPÍTULO 19

### UN REGALO PARA EL REY

El viaje en la lancha fue uno de los más largos y amargos de su vida. Tuvo varias veces la tentación de lanzarse por la borda, pero en aquel momento era consciente que él, Arthur Macfarland había nacido con un propósito y una misión que cumplir en la vida. Hasta ese momento creía que la existencia se debía a la casualidad. Que el tiempo que estábamos vivos era simplemente un cúmulo de coincidencias sin sentido, pero ahora sabía que la vida del hombre siempre cumplía un propósito.

C. S. Lewis y J. R. R. Tolkien se lo habían dicho en muchas ocasiones, pero él no quiso creerlo. La lucha entre el bien y el mal era real, pero además trascendía a lo meramente visible. Además era una lucha interior, que se producía en cada ser humano. Cuando la balanza se inclinaba a uno u otro lado, las consecuencias podían ser muy diferentes.

De alguna manera, algo o alguien le habían elegido para salvar a aquel mundo. No entendía el porqué, pero sabía que ya no podía eludir esa responsabilidad. Aunque aquella certeza le obligaba a negarse a sí mismo y renunciar a todo lo que hasta ese momento había tenido un valor para él.

Cuando subieron al barco, Arthur tenía una agrídulce sensación de victoria y derrota. Se había vencido a él mismo y en esa victoria pírrica, se había convertido en un hombre nuevo.

Klaus Berg le esperaba en el salón de oficiales. Él mismo había preparado la escena. Por un lado había obligado a Agatha a vestirse con un costoso traje de noche color burdeos y arreglarse el peinado. Quería exhibir su trofeo ante su enemigo. Él se había vestido con el elegante uniforme de gala de las SS y sus insignias plateadas brillaban a la luz de los faroles de la sala.

En la mesa había servida una cena, los cubiertos, platos y copas eran de plata. Todo estaba preparado para su banquete de la victoria.

—Querido y admirado profesor Macfarland, de nuevo juntos. Creo que ya sabe que nos acompaña Agatha, al parecer nos echaba de menos y ha venido hasta el mismo infierno para estar con nosotros. ¿No es un detalle por su parte?

—Creo que tu aliento contamina esta estancia. El veneno de tu lengua terminará por matarte —dijo Arthur.

—Por favor, ódiame. Eso alimenta mi ego y me hace más fuerte. Durante mucho tiempo fui indiferente para todos. Primero como estudiante mediocre, hijo de una mediocre familia obrera. Después como profesor de francés en una universidad de segunda. El único acto de valentía que realicé en mi vida fue oponerme a los nazis,

aunque en ese momento no sabía lo que hacía. Ellos me ofrecían algo que no entendí entonces. Yo amaba la literatura, a todos esos héroes que en el último momento rescatan a la chica, a los grandes personajes de Julio Verne, pero la literatura es mentira —dijo Berg totalmente exaltado.

Agatha estaba amordazada, pero movía la cabeza e intentaba quitarse el pañuelo de seda negro que tapaba sus bellos labios pintados de rojo.

—Un momento querida, tendrás tu tiempo para hablar —dijo Klaus Berg, girándose hacia la mujer.

—Por eso viste una puerta abierta, cuando encontraste a tu viejo alumno —comentó Arthur.

—Hans era un torpe aprendiz de verdugo, pero le faltaba algo que únicamente tienen unos pocos elegidos. Es cierto que era arrogante, vanidoso, violento y sin escrúpulos, pero el mal se alimenta de bocados más sofisticados. Las almas más puras son las más apetitosas. En el fondo no somos tan distintos querido Arthur —dijo Berg.

—Aún estás a tiempo de rectificar. Ya nadie te observa ni obliga para que te comportes de esa manera. La guerra está perdida allí arriba. Los nazis están acabados y tú colaboraste con nosotros. Nadie te condenará, recuperarás tu trabajo y serás feliz —dijo Arthur.

—Veo que no has entendido nada. Ya he elegido. No quiero ser un peón del bien, si puedo ser un rey del mal. Ese tipo de vida no me ofrece nada. La honradez, la bondad, el bien común son limitaciones que nos ponemos para no cumplir nuestros deseos. La verdadera libertad consiste en hacer lo que anhela tu corazón sin límites morales o éticos. Nosotros somos dios, querido Arthur y elegimos lo que está bien y lo que está mal.

El profesor dio un paso al frente. Miró los cuchillos de plata y los tenedores. Pensó que con aquellas armas podría terminar fácilmente con Berg, pero como si el alemán le leyera el pensamiento, extrajo una pistola y le apuntó.

—La conciencia es la brújula del ser humano. Los nazis perdieron su brújula y eso les ha llevado al desastre. ¿Por qué crees que tu vida será distinta? —le preguntó Arthur.

—El mal es una disposición del alma. Los nazis querían construir en parte algo que creían bueno, aunque sin atender a principios éticos o morales, pero mis planes son distintos. Me convertiré en el rey del inframundo y después conquistaré la superficie. Los hombres serán mis esclavos, sin distinguir raza ni nación. Esa es la diferencia. Ya no hay pueblo elegido, yo soy el elegido Arthur —dijo Klaus Berg, que comenzaba a impacientarse con la conversación.

El alemán quitó la mordaza a Agatha y esta después de respirar hondo miró con desprecio al alemán.

—Ese arma y el poder que crees tener sobre nosotros no te hacen mejor. Sigues siendo un profesor mediocre, un hombre vulgar con ideas de grandeza. Los

intraterrestres no se someterán a alguien tan vulgar como tú —dijo Agatha.

—Sí lo harán y tú serás mi reina —dijo Berg.

—Eso nunca, antes prefiero la muerte —dijo Agatha.

—Él vivirá si haces lo que yo te pido. Bueno creo que ya hemos hablado suficiente. Tú volverás a tu calabozo y yo disfrutaré de una cena con mi futura esposa —dijo Berg.

El profesor alemán llamó a sus hombres, que se llevaron al prisionero y se quedó a solas con la mujer.

—Será mejor que entres en razón, Agatha. En dos días llegaremos a la ciudad de los intraterrestres. Ellos terminarán por someterse a mí, llevan siglos esperando una especie de mesías que los salve. Nosotros seremos sus salvadores. Si te opones, Arthur morirá, pero antes sufrirá lo inimaginable —dijo Berg.

El alemán desató las manos de la mujer, después le pidió que se sentara a la mesa y le solicitó que sirviera la comida.

—Eres un miserable —le dijo Agatha.

—Esa es la última palabra grosera que te consiento. A partir de este momento el único sentido de tu vida será complacerme. Si no lo haces él morirá.

## CAPÍTULO 20

### LA ALIANZA

Cuando el barco se aproximó a la costa, los intraterrestres ya sabían que los hombres de la superficie habían vuelto.

Los alemanes tenían las fuerzas mermadas, pero conservaban tres hidroaviones, cuatro carros de combate y algún otro vehículo. Sus fuerzas se habían reducido a poco más de trescientos cincuenta hombres y una veintena de mujeres, pero estaban bien armados. El profesor Berg sabía que aquel ejército no impresionaría a los hombres intraterrestre, pero que la advertencia de que eran la simple avanzadilla de un ejército mucho mayor, podría amedrentar al Gran Sumo Sacerdote Aðalbjörn. Por otro lado, los habitantes de la Tierra Hueca estaban sufriendo la rebelión de los jóvenes, lo que les convertía en un blanco fácil para una potencia extranjera.

Las tropas nazis desembarcaron en la playa y después se dirigieron selva adentro en dirección a la ciudad. Agatha y Arthur permanecían encadenados en la parte trasera de uno de los transportes, pero Klaus Berg se había asegurado de amordazarlos, para que no pudieran hablar entre ellos.

A pesar de todo, los dos amigos y amantes se sentían felices por al menos estar juntos.

El comienzo del viaje fue difícil. Apenas llevaban cinco horas de trayecto, cuando un grupo de cryolophosaurus atacó a la vanguardia del convoy. Los dinosaurios lograron capturar a media decena de soldados, antes que los tanques les hicieran huir. A partir de ese momento, los nazis parecían amedrentados antes aquella selva rodeada de peligros.

Arthur y Agatha permanecían ajenos a todo aquello. Los únicos momentos que descendían del vehículo era para comer, el resto del tiempo lo pasaban encerrados y sufriendo los bamboleos y baches del camino.

La primera noche en mitad de la selva también supuso un gran esfuerzo. Los soldados tuvieron que aclarar algo más de 1 kilómetro cuadrado de selva, para asegurarse que los animales no se aproximaran al campamento.

La noche transcurrió sin incidentes y a la mañana siguiente continuaron el camino. Después de cinco horas observaron a los lejos la increíble ciudad sobre los árboles milenarios.

Mientras tanto, los intraterrestres sabían desde su llegada a la playa, que un ejército de terrícolas se dirigía a su ciudad. Conocían que eran de la superficie, ya que habían observado el mismo símbolo que en la expedición de alemanes. Aunque desconocían si venían en son de paz o pensaban conquistarles.

Una veintena de Quetzalcoatlus salió de la ciudad para encontrarse con los extranjeros en la zona de la llanura. Cuando los alemanes vieron a los monstruos voladores se prepararon para el ataque, pero el profesor Berg les pidió que no abrieran fuego al no ser que él se lo indicara.

Chandra, el chambelán, capitaneaba el grupo, por eso en cuanto reconoció a Klaus Berg, pidió a sus soldados que no atacaran. Descendieron con sus animales y Chandra se dirigió con dos de ellos hasta el convoy.

—Profesor Berg nunca pensé que volveríamos a encontrarnos. La última vez que le vi volaba a lomos de un Quetzalcoatlus —dijo Chandra.

—En ese momento temíamos por nuestra vida, el oficial Hans les había engañado, yo era el verdadero representante del Reichsführer Heinrich Himmler —le contestó Klaus Berg.

—¿Cuáles son sus intenciones? Esta vez viene con un pequeño ejército —dijo el Chambelán.

—Venimos en son de paz y con el deseo de firmar una alianza con vuestro pueblo. Dentro de poco, el Reichsführer Heinrich Himmler se reunirá con nosotros. Juntos podremos conquistar toda la Tierra Hueca y la superficie. Hablaré con el Sumo Sacerdote de los planes de Himmler —dijo Klaus Berg.

—El Sumo Sacerdote ya no gobierna la ciudad. Los jóvenes se rebelaron y ante la inoperancia del Sumo Sacerdote tomé el poder. En la actualidad dominamos la ciudad, pero un grupo de jóvenes se refugió en la selva. No tardaremos mucho en exterminarles —comentó el Chambelán.

El profesor Berg desconfiaba del Chambelán. Sabía que en cuanto llegara a la ciudad tenía que hacerse con el poder y someter a sus habitantes, pero era consciente de que eso no iba a ser fácil.

Cuando el convoy se acercó a la ciudad instaló el campamento a los pies de los árboles milenarios. Unas horas más tarde, Klaus Berg ya había trazado un plan de conquista, que no podía fallar.

## CAPÍTULO 21

### REVOLUCIÓN

Los habitantes de la hermosa ciudad recibieron a los alemanes como a un ejército de liberación. Posiblemente algunos temían el ataque de los jóvenes y por eso la llegada de soldados aliados, parecía ser la solución a todos sus problemas.

Los oficiales nazis y su escolta personal se instalaron en uno de los palacios cercano a la sede de gobierno. Berg encargó a dos hombres que evaluaran los lugares estratégicos de la ciudad, para ocuparlos aquella misma noche.

El profesor alemán se sentía eufórico, ahora tenía su pequeño reino. Un lugar en el que cada uno de sus deseos sería satisfecho. Ahora demostraría a Arthur quién era el verdadero descubridor y conquistador de la Tierra Hueca, además le quitaría lo que más amaba, a la bella e inteligente Agatha.

El plan de Klaus Berg era sencillo. Aquella primera noche organizaría una cena con todos los jefes del ejército y los representantes de la ciudad, para tenderles una trampa.

Antes de que comenzara la velada, Berg acudió a la habitación de Agatha. La mujer estaba vigilada en todo momento por dos mujeres soldado, pero además sabía que si huía, él mataría a Arthur.

—Querida Agatha estás bellísima. Creo que este traje de noche es aún más bello que el otro —dijo el profesor alemán, mientras observaba el bellissimo traje negro.

La mujer le miró con indiferencia, mientras él la examinaba detenidamente, comiéndola con los ojos.

—Serás el centro de la fiesta esta noche. Seguro que estos seres no han visto algo tan bello jamás. Eres mi mejor trofeo —dijo Berg.

—Acabemos con esto cuanto antes —dijo Agatha con su mirada fija en la mirada del alemán.

Él la aferró por la espalda y tiró de su cabello hasta que ella gritó de dolor. Después la besó, ella se resistió al principio, pero después cedió por temor a que le pudiera hacer daño a Arthur. Ya encontraría la forma de escapar, pensó mientras intentaba desligarse de su cuerpo.

Unos minutos más tarde Agatha y el profesor Berg entraron en el amplio salón. Los comensales estaban de pie ante una inmensa mesa adornada y cubierta por ricos manjares. A un lado se encontraban los oficiales alemanes, al otro los jefes intraterrestre y en el fondo el Chambelán.

Cuando llegó Berg y Agatha todos esperaron a que la mujer se sentara, después comenzó la cena.

En un rincón de la sala una pequeña orquesta amenizaba la velada. El sonido de las notas del compositor alemán Richar Wagner inundaba el salón, creando un ambiente mágico, casi irreal.

Agatha sonreía, pero su mirada parecía ausente, mientras los dos grupos hablaban amigablemente.

Cuando llegó la media noche, Berg se puso en pie y levantó la copa. Era la señal convenida. Diez soldados entraron con sus armas y comenzaron a disparar a los intraterrestres, asesinando a todos menos al Chambelán.

—¡Malditos extranjeros! ¡No escaparán vivos de esta! —gritó el Chambelán, que aún no se creía lo que había sucedido.

—¡Apresadle! —ordenó Berg.

Al mismo tiempo, los nazis ocuparon los principales lugares de la ciudad. El pequeño ejército de Klaus Berg se había hecho en pocas horas con la ciudad de sus aliados y ahora esperaba someterlos completamente a su voluntad.

Tras el final violento de la velada, Berg se sentía tan satisfecho por cómo se había desarrollado su plan que quiso celebrarlo con Agatha a solas. Por eso la llevó hasta su gran habitación y dispuso que prepararan el champán que el comandante había traído desde Francia y que Berg había descubierto en el barco.

—Querida Agatha. ¿Te das cuenta? Juntos podemos ser los reyes de este mundo. Crearemos una nueva raza de hombres superior y dominaremos el planeta —dijo Berg mientras le pasaba una copa a la mujer.

Ella había meditado largamente cómo podía deshacerse de él. Al principio creía que lo mejor era escapar, pero sabía que él no descansaría hasta encontrarlos. La única manera de vencer a un monstruo es combatiéndolo, pensó la mujer mientras el alemán volvía a estrecharla entre sus brazos.

## CAPÍTULO 22

### SACRIFICIO

Arthur miraba por la ventana de su celda la clara noche de la Tierra Hueca. Cada vez que se acordaba de Agatha un escalofrío le recorría la espalda. No quería pensar lo que aquel cerdo podía estar haciendo con ella. Por eso deseaba la muerte y había planeado suicidarse aquella misma noche, para liberarla a ella de las garras de su enemigo.

El profesor inglés comprobó que las sábanas con las que había fabricado una soga eran suficientemente fuertes y después se subió a una de las sillas. Durante unos minutos recordó todo aquel viaje emocionante, pero también las dificultades y desvelos de los últimos meses, mientras era un prisionero de los nazis. Le hubiera gustado ver a su amada por última vez, pero los hombres no pueden elegir su destino, pensó mientras se ponía la soga al cuello.

Mientras tanto Agatha, en la habitación de Berg, abrió con cuidado su anillo, los servicios secretos le habían facilitado una pastilla de cianuro en el caso de que los alemanes la capturaran. Varias veces había estado tentada a suicidarse, pero ahora sabía que aquella pastilla tenía un destino mejor. Arrojó con disimulo la pastilla en la copa del alemán y, cuando este intento tomarla, Agatha, temerosa de que aún no se hubiera disuelto el veneno rodeó con sus brazos al profesor Berg y le dijo:

—¿De verdad reinarás conmigo en este hermoso lugar?

Después le besó durante unos momentos.

—Pero antes brindemos por nuestro futuro —dijo Agatha, parando al hombre y ofreciéndole su copa.

Ambos bebieron de un trago el champán, el hombre tiró la copa de plata al suelo y abrazó de nuevo a la mujer.

—Siempre he soñado con este momento —dijo Berg.

El profesor notó como su vista se nublaba y sentía una fuerte punzada en la cabeza, después miró el rostro de la mujer que se desdibujaba en su mirada.

—¿Qué me has dado? —preguntó mientras aferraba el cuello de la mujer.

Agatha intentó soltarse, pero él hombre le apretaba con fuerza. Comenzó a asfixiarse y notó que sus fuerzas se desvanecían hasta que, justo antes de desmayarse, él comenzó a aflojar las manos y cayó muerto al suelo.

## CAPÍTULO 23

### HOLOCAUSTO

Cuando Agatha entró en la celda de Arthur el hombre estaba colgado zarandeándose de un lado para el otro. Ella le sujetó por las piernas y él logró respirar por unos segundos. Agatha apenas podía con su peso, pero tampoco alcanzaba a cortar la sábana con la daga que le había robado a Berg y que le había servido para matar al guarda de la puerta.

Al final consiguió subir a la silla y sin soltar el cuerpo del hombre cortar la sábana. Los dos cayeron al suelo en mitad de un fuerte estrépito. Arthur intentó desanudarse la soga del cuello para poder respirar, pero apenas tenía fuerzas. Agatha les deshizo el nudo y al final él aspiró con todas sus fuerzas, hasta que sus pulmones se inflaron de nuevo.

—Arthur, amor mío —dijo Agatha entre sollozos.

Los dos se quedaron en el suelo abrazados durante unos segundos, hasta que lograron recuperar fuerzas.

Escucharon disparos y después unas explosiones. Se pusieron en pie y corrieron hasta la planta superior, después salieron a la plaza. Los alemanes intentaban frenar el ataque, pero los intraterrestres no parecían amedrentarse con las ametralladoras ni con los tanques. Se escucharon los motores de los hidroaviones a lo lejos y las primeras bombas lanzadas contra la ciudad.

Agatha y Arthur corrieron hacia los primeros Quetzalcoatlus que vieron atados a uno de los lados de la plaza, pero antes de que pudieran llegar dos intraterrestres se interpusieron en su camino.

—No tenemos armas —dijo Arthur a la mujer.

Ella aún llevaba la daga en la mano, pero con eso no podía enfrentarse a dos seres mucho más altos y fuertes que ellos, que además llevaban sus bastones lanza rayos.

En ese momento aparecieron un grupo de soldados alemanes que intentaban huir en los Quetzalcoatlus, pero que al ver a Arthur y Agatha, se lanzaron sobre ellos.

Los intraterrestres, para su sorpresa, dispararon contra los alemanes y sus rayos no tardaron en reducirles. Después se acercaron a los dos ingleses y uno de ellos le dijo:

—Veo que no os acordáis de mí, soy Wrator, el que os liberó de la celda cuando el Sumo Sacerdote os tomó como prisioneros. Uno de nuestros informadores nos contó que los alemanes habían capturado la ciudad y vinimos a luchar.

—Gracias por ayudarnos —dijo Arthur.

—Apenas queda resistencia, antes del amanecer tendremos el control de la

ciudad. Gracias por luchar a nuestro favor —dijo Wrator.

—Lo único que intentamos fue que los nazis no destruyeran también vuestro mundo. En la superficie han muerto millones de personas por su locura —dijo Agatha.

—Podéis tomar los Quetzalcoatlus para regresar a casa si es eso lo que deseáis.

Poco a poco el estruendo de explosiones y disparos fue cesando hasta parar por completo. Arthur miró a Agatha, siempre había pensado que el sueño de su vida era tener una familia y convertirse en uno de los profesores más brillantes de Oxford, pero ahora todo había cambiado.

—Regresaremos a la isla del volcán. Allí nos necesitan —dijo Arthur.

Agatha le miró sorprendida. No esperaba que su amado quisiera vivir en la Tierra Hueca.

—Los habitantes de la ciudad de piedra nos necesitan —explicó a la joven—, ha muerto su guía, el hombre que les ha gobernado durante casi mil años. Él me habló de la profecía y de que era el elegido para sustituirle. Es mi destino.

Apenas había terminado las últimas palabras cuando escucharon unas fuertes explosiones en la base de los árboles. Ninguno de ellos podía ni imaginar, que Klaus Berg había preparado la destrucción de la ciudad si no podía gobernar en ella. Los edificios comenzaron a desmoronarse y los gigantescos troncos de los árboles se troncharon unos sobre otros.

Mientras el suelo se movía sus pies, Arthur y Agatha corrieron hacia los Quetzalcoatlus. Lograron subir al lomo de uno de los animales, pero Wrator se escurrió en el suelo y no logró montar al otro animal. Arthur giró su cabalgadura para intentar ayudar al intraterrestre, pero fue inútil. El joven cayó en el abismo que se abría a sus pies.

Mientras el fabuloso animal pasaba entre los árboles que parecían querer tragárselos, Arthur vio como aquel mundo se destruía por completo. La bella ciudad, los árboles milenarios y la cultura de los intraterrestres desaparecerían para siempre.

Cuando llegaron al océano, aún quedaban algunos alemanes con vida en la playa, pero los animales que salían de la selva asustados por el estruendo no tardaron en pisotear o devorar a los últimos supervivientes.

Arthur y Agatha sobrevolaron el océano, mientras a sus espaldas comenzaba a arder la selva y el gruñido de los dinosaurios se escuchaba por la inmensa bóveda.

Unas horas más tarde, divisaron la isla. Todo parecía encontrarse en perfecto estado. Arthur ordenó al Quetzalcoatlus que se posara en la gran plaza de la ciudad, justo delante de las pirámides gemelas. Los dos descabalaron y se quedaron de pie, mirando la inmensa avenida vacía.

Por unos segundos Arthur pensó que el pueblo de la ciudad de piedra había desaparecido, pero poco a poco, los indígenas salieron de sus casas y se dirigieron hasta ellos. Mientras se aproximaban, Arthur sintió por primera vez algo que nunca había experimentado, un propósito para su vida. Agatha le abrazó mientras los dos

comenzaron a caminar hacia el que sería su hogar para siempre.

## EPÍLOGO

La fachada amarillenta del *pub Eagle and Child* estaba envuelta en la niebla de aquella noche desapacible en Oxford. Dentro, en sesión privada, los miembros del círculo de los *Inklings* estaban a punto de comenzar su tertulia. Algo apartados, Lewis y Tolkien estaban sentados en silencio. C. S. Lewis no dejaba de chupar su pipa, mientras J. R. R. Tolkien miraba las estelas de humo que formaba su amigo.

—¿Piensas que los volveremos a ver? —preguntó al final Tolkien.

—Me temo que no —contestó Lewis después de dar una larga calada a su pipa.

—¿Puedes imaginar la Tierra Hueca? Debe ser un lugar fascinante —dijo Tolkien.

—Sin duda. Uno de esos sitios que aparecen en las antiguas sagas y leyendas nórdicas —comentó Lewis.

—Nosotros creamos mundos imaginarios, pero Arthur y Agatha ahora viven en uno de ellos —afirmó Tolkien con cierta melancolía.

—Te aseguro, querido amigo, que vivimos en uno de los mundos más emocionantes que existen. Después de destruir al monstruo del nazismo ahora el mundo se enfrenta al estalinismo. Las batallas que tenemos que vencer son tan épicas como las de cualquier historia antigua —dijo Lewis.

—Aun así, daría lo que fuera por conocer que hay debajo de nuestros pies —dijo Tolkien.

—Tierra, querido amigo. Lo que hay debajo de nuestros pies es la hermosa tierra de la Gran Bretaña —dijo Lewis con su media sonrisa. Los dos hombres se echaron a reír, mientras la noche se cernía sobre Inglaterra.

## AGRADECIMIENTOS

Cuando este proyecto surgió en mi mente era el verano del 2012. El mundo seguía atravesando una grave crisis y yo intentaba pensar en una nueva historia, que ayudara a la gente a olvidarse de su triste realidad. Entonces recordé la emocionante aventura de *Viaje al centro de la Tierra* de Julio Verne, uno de mis autores favoritos. Aquella historia me ayudó a ser feliz una vez en las profundidades del mundo y pensé que a muchos lectores les gustaría sumergirse conmigo en la Tierra Hueca.

Ahora que el libro está completado y ya lo han leído miles de lectores, lo único que queda es agradecer a todos los entusiastas de esta saga su apoyo.

Un fuerte abrazo,

MARIO ESCOBAR



MARIO ESCOBAR Golderos (Madrid, 23 de Junio de 1971). Novelista, ensayista y conferenciante. Licenciado en Historia y Diplomado en Estudios Avanzados en la especialidad de Historia Moderna, ha escrito numerosos artículos y libros sobre la Inquisición, la Reforma Protestante y las sectas religiosas. Publicó su primer libro *Historia de una obsesión* en el año 2000. Es director de la revista *Historia para el Debate Digital*, colaborando como columnista en distintas publicaciones.

Apasionado por la historia y sus enigmas ha estudiado en profundidad la Historia de la Iglesia, los distintos grupos sectarios que han luchado en su seno, el descubrimiento y colonización de América; especializándose en la vida de personajes heterodoxos españoles y americanos.

Su primera obra, *Conspiración Maine* (2006), fue un éxito. Le siguieron *El mesías Ario* (2007), *El secreto de los Assassini* (2008) y *La Profecía de Aztlán* (2009). Todas ellas parte de la saga protagonizada por Hércules Guzmán Fox, George Lincoln y Alicia Mantorella. *Sol rojo sobre Hiroshima* (2009) y *El País de las lágrimas* (2010) son sus obras más intimistas. También ha publicado ensayos como *Martín Luther King* (2006) e *Historia de la Masonería en Estados Unidos* (2009).

Sus libros han sido traducidos a cuatro idiomas, en formato audiolibro y los derechos de varias de sus novelas se han vendido para una próxima adaptación al cine.